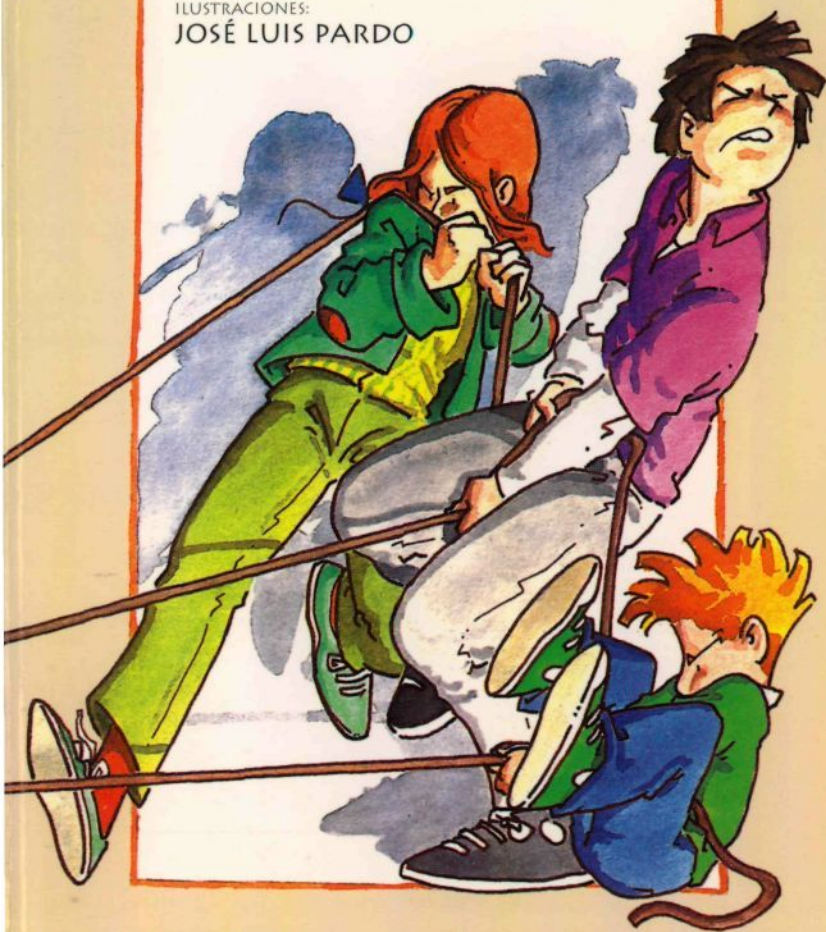


¿QUÉ NOS PASA?

REFLEXIONES SOBRE LA DIFICULTAD
DE APRENDIZAJE

SONIA RIERA

ILUSTRACIONES:
JOSÉ LUIS PARDO



ASOCIACIÓN DE PADRES
DE NIÑOS CON DISLEXIA
Y OTRAS DIFICULTADES DE APRENDIZAJE

¿QUÉ NOS PASA?

Un libro para reflexionar,
trabajar y enfrentarse en equipo a las dificultades
de aprendizaje.



ASOCIACION DE PADRES DE NIÑOS CON
DISLEXIA Y/O DIFICULTADES DE APRENDIZAJE

¿QUÉ NOS PASA?

Un libro para reflexionar,
trabajar y enfrentarse en
equipo a las dificultades
de aprendizaje.

Texto de
SONIA RIERA

Ilustraciones
JOSÉ LUIS PARDO



Edita
**DDA. Asociación de
Padres de Niños con
Dislexia y/o Dificultades
de Aprendizaje**

Realización
EXTRA



Patrocinado por
Fundación ONCE
para la cooperación e integración social
de personas con minusvalías

La DDA agradece especialmente la
colaboración de la Distribuidora Itaca,
y de cuantas personas y entidades
han contribuido a hacer posible la
realización y difusión de este libro.

MADRID, 1992

© DDA

DEP. LEGAL: M- 30026 - 1992

ISBN: 84-604-3535-0

AMIGOS,

este libro no habría visto la luz sin la creatividad y el esfuerzo de su ilustrador y dibujante, José Luis Pardo, y el ingenio e inventiva del texto de Sonia Riera, colaboradores, amigos y socios de la Asociación de Padres de Niños con Dislexia y/o con Dificultad de Aprendizaje (DDA).

Más aún, no existiría sin la valiosa contribución y generosidad de la Fundación ONCE, sin la cual la DDA no hubiese podido hacerse cargo de su publicación.

Mi más profundo agradecimiento a estas entidades y a los creadores del libro es poca cosa en comparación con lo que ellos han hecho por la DDA, pero va por adelantado también el agradecimiento de los lectores: de los niños que se identificarán con los protagonistas; de los padres que entenderán mejor a sus hijos y de los profesores que dejarán de utilizar los apelativos de *"niño vago"* o *"niño tonto"*.

Nuestros objetivos habrán sido cumplidos entonces, y para la Asociación será una alegría haber podido contribuir a la difusión de los problemas de la dislexia.

Gracias a todos, gracias por todo.



A. Sandra Marone
Presidente DDA

PRÓLOGO	5
LUCAS	13
NURIA	27
DIEGO	41
CÓMO AYUDAR AL NIÑO CON PROBLEMAS DE APRENDIZAJE	62

A LOS PADRES, MAESTROS Y PROFESIONALES

La idea de escribir este libro surge en una reunión de la Asociación de Padres de Niños con Dislexia y otras Dificultades de Aprendizaje (D.D.A.). Nace de la necesidad de compartir con otros padres las vivencias por las cuales ellos habían pasado. Cómo se habían sentido antes de descubrir y comprender que a sus hijos les ocurría algo más que falta de atención en clase, poco interés en aprender o una simple vagancia. Un fuerte deseo de comunicar lo perdidos y confusos que se encontraron cuando la primera señal de alarma se hizo evidente. Y por último, lo difícil que es dar con la solución adecuada cuando se está tan desorientados y consecuentemente preocupados.

La historia de muchos de ellos es una historia de tanteos en busca de soluciones que en ocasiones resultaron ser sólo parches. Otros, por el contrario, consiguieron dar con la respuesta a sus problemas a tiempo. Tanto unos como otros desean apoyar a aquellos padres que se encuentren en su misma situación.

Este libro pretende ser una mano extendida a todos los que estén pasando por la experiencia de formar parte del entorno del niño con Dificultades de Aprendizaje (D.A.). Está dirigido tanto a padres como a profesores y a todos aquellos profesionales que de alguna manera somos responsables de ofrecerles una solución para su integración escolar.

Me gustaría que fuese un espejo donde los que formamos parte de esta realidad podamos vernos reflejados directa o indirectamente en el drama del niño con D.A. y que nos hiciera reflexionar acerca de nuestro compromiso.

Pero, por encima de todo, el móvil de este libro es el niño y su dificultad para aprender. A través de los tres cuentos le descubrimos desde dentro. Nos proponemos con esto dejar al desnudo sus sentimientos ante el fracaso escolar, señalar el esfuerzo que supone para ellos saltar las distintas barreras

que van surgiendo a lo largo de su historia. La primera de todas es la lectura, con todo lo que esto supone; luego las tablas de multiplicar, más tarde la ortografía, caligrafía, comprensión, expresión, memoria, organización, técnicas de estudio y un largo etcétera que convierten el aprendizaje en una interminable pista de carreras de obstáculos con vallas cada vez más altas.

Los intentos fallidos por querer ayudarles son múltiples. Intentos que van desde poner la fe en un método infalible para enseñar a leer pasando por la repetición de cursos, el cambio de colegios en busca de ese centro que dé con la varita mágica que organice el aprendizaje, hasta el desfile de profesores particulares, horas de dedicación por parte de los padres, castigos, premios e internados. Todos con la buena intención de ayudar a encarrilar a este niño dentro de un sistema educativo hecho con una sola medida. Siempre con el sano empeño de integrarlo a una manera de funcionar sin tener en cuenta sus diferencias.

Queremos, además, hacer patente el drama que supone para ellos y para toda la familia que la casa se vea convertida en una prolongación del colegio y que su corta vida y su persona se vean valorados por su rendimiento escolar, y cómo esto los va minando hasta el punto de hacerlos dudar de sus propias posibilidades y a perder gran parte de su seguridad y autoestima.

Por otro lado, enfatizar que estos niños que se quedan descolgados del grupo o que van a remolque del resto son seres muy valiosos que necesitan ser aceptados y que además tienen derecho a que se les conceda una vía de integración, a que se cree un espacio donde, desde su diferente manera de aprender, se les ayude.

Por último, se intenta dar una serie de pautas orientativas que ayuden a reconocer a este niño lo antes posible tanto en casa como en el colegio. Cuanto antes se detecte la dificultad y se procure el apoyo, menos sufrimiento para el niño y para la familia. Un niño sólo es un problema si dejamos que se convierta en ello.

¿Por qué tres cuentos?

Podríamos haber escrito un solo cuento donde se relatara la historia del niño con D.A., desde el comienzo de su escolaridad, empezando por su iniciación a la lectura, hasta ir elaborando cada uno de los sucesos que han ido llevándolo al fracaso escolar. Pero nos habría sido imposible escribir una

única historia donde se viera reflejada la compleja realidad de cada niño. Hemos escrito tres y podríamos haber escrito muchas más y ninguna habría sido igual a la otra.

Con esto queremos decir que las dificultades de aprendizaje en cada niño se manifiestan de manera distinta y por diversas causas. Dicha dificultad puede hacerse visible o iniciarse en cualquier momento a lo largo de los años de su escolaridad.

Un niño puede empezar a tener tropiezos desde el inicio mismo de su escolarización. Sin embargo otros pueden ir peleando con otras capacidades que posean, los problemas que se le vayan presentando, hasta que en algún momento descompensen y se produzca el fracaso.

Nunca debemos olvidar que cuando hablamos de niños con D.A. estamos hablando de niños inteligentes con buena capacidad y que a pesar de esto y por diferentes razones rinden por debajo de sus posibilidades.

Sin embargo hay factores que sí son constantes en cada una de las historias escritas y por escribir. En primer lugar, el miedo. El miedo a no ser aceptado como es, a perder el cariño y la comprensión de sus padres y profesores. Miedo a las burlas de los demás, a las exigencias inalcanzables y a enfrentarse a su propio fracaso. Temor ante el desconocimiento de esa incapacidad para ser y aprender como otros. Incapacidad que no encuentra explicación. El niño con D.A. permanece quieto y muy asustado ante el fantasma de la torpeza.

Por otro lado, son niños que desarrollan estrategias paralelas para adaptarse y sobrevivir a la tarea que se les impone. Algunas de estas estrategias son positivas y otras negativas. De ahí que tengamos, desde el típico niño que se esfuerza sin límites para obtener rendimiento, hasta el aparente pasota, charlatán y payaso de la clase, pasando por toda una serie de caracteres y actitudes, mejores o peores, pero en constante lucha por permanecer a flote.

Todos estos esfuerzos se ven frustrados. Lo que los lleva a una pérdida de confianza en sí mismos y en los demás y a un deterioro de la ilusión.

Escribimos estas tres historias porque nos parece que responden a tres momentos muy importantes de la evolución del niño, tanto en la escuela como fuera de ella. Tres momentos de cambio y transformación. En última instancia de un marcado crecimiento personal.

La primera es **el paso de preescolar a 1º de EGB**. Aquí

el aprendizaje deja de ser un juego para concebirlo como algo útil. El niño debe acceder a la lectura y a la escritura. Esto definitivamente es un instrumento más de integración tanto en casa como en el colegio. La lectura le da paso al mundo de la calle. Anuncios, letreros y algunos libros ya están a su alcance. En definitiva, es la llave que abre la puerta al mundo de los adultos.

El acceso a la lectura marca la diferencia entre ser mayor o *pequeñajo*. En casa les hace ganar méritos ante sus padres y familiares. Les distingue de sus hermanos menores y les convierte en partícipes del universo de sus hermanos mayores. En el colegio les hace sentir que pertenecen al grupo. Les diferencia de los que están en el curso anterior y que todavía no saben leer. Pero sobre todo consiguen el reconocimiento de compañeros y profesores.

Al cumplir con este requisito escolar salvan una etapa dentro de su desarrollo intelectual y se colocan en el umbral de aprendizajes posteriores.

Entrar con buen pie en la lecto-escritura les va a permitir seguir ejercitando su mecánica, ir adquiriendo un mayor conocimiento del alfabeto y de las combinaciones de las letras. Ir identificando el mensaje que las palabras escritas encierran y así descubrir y ampliar el mundo de los significados. Cualquier impedimento que no diera paso al proceso lector sería la causa de que el crecimiento personal del niño se viera estancado.

En la segunda historia tenemos a una niña que ha llegado a 5° de EGB y se prepara para el **paso a 6° de EGB**. En estas edades se deben producir muchos cambios. Se adquiere mayor autonomía y madurez. Sus intereses se van ampliando en la misma medida que diversifican sus amistades. En casa dejan de ser *pequeños* para asumir algunas responsabilidades y obligaciones.

En el colegio los niveles de exigencia suben. Algunos se ven sometidos al criterio de más de un profesor. La parte mecánica de los distintos aprendizajes se debe haber automatizado. La lectura debe ser un instrumento válido que le ayude a la comprensión de las distintas materias; para ello deben haber adquirido el suficiente vocabulario que los lleve a integrar nuevos conceptos. Sus conocimientos deben estar lo suficientemente organizados para poder realizar un trabajo independiente. Por último, el apoyo del profesor es ya una herramienta más y no un soporte indispensable.

En la tercera historia tenemos al adolescente en **8º de EGB**. Es un adolescente repetidor desfasado cronológicamente con respecto al grupo y desfasado de sus propios intereses con respecto a sí mismo. Llegando a estas edades los tratamos como si definitivamente fueran mayores. En ocasiones, aunque aún no lo son, les obligamos a actuar como adultos. Asumiendo responsabilidades y obligándoles a tomar decisiones que tienen proyección en su vida futura tanto en el aspecto personal como en los estudios.

En este nivel, la lectura debe ser un instrumento hábil y ágil que le permita adentrarse en la comprensión, de tal manera que pueda apropiarse de conceptos y estructuras de pensamiento cada vez más complicadas. Los textos se alargan y se ve expuesto a lecturas de gran variedad de temas. Comienzan a construir de manera rudimentaria su capacidad para relacionar ideas y conceptos y con ella llegar a sus propias opiniones y criterios. Deben haber desarrollado estrategias para memorizar y manejar algunas técnicas de estudio que les ayuden a entender, recordar y organizar el aprendizaje.

En cada una de estas historias reconocemos el inicio o la culminación de una etapa trascendente en la vida de cualquier estudiante. En la primera la iniciación a la lectura; en la segunda, el aumento de la información que obliga a trabajar de manera más eficaz e independiente, y en la tercera la culminación de los conocimientos adquiridos deben empezar a dar paso a la construcción de criterios propios.

Ante estas exigencias el niño con D.A. se ve desarmado. Arrastra grandes lagunas en aprendizajes anteriores, conocimientos mal adquiridos y estrategias equívocas y poco eficientes. El conocimiento de vocabulario y el manejo de la expresión tanto oral como escrita es insuficiente. La lectura mecánica y comprensiva es inadecuada. Finalmente en muchos casos carece de hábitos de estudios y de motivación.

Por supuesto, todos no presentan estas dificultades a la vez pero con sólo algunas de ellas es suficiente para no rendir a plena capacidad.

¿Qué nos pasa?

El título del libro es la pregunta obligatoria que nos deberíamos hacer todos. Desgraciadamente esta pregunta sólo se la han venido haciendo los niños, encontrando casi siempre

una única y errónea respuesta: **"Soy tonto"**. Y otras veces no encontraron más respuesta que el eco de su propio fracaso escolar.

Esta pregunta es una invitación a la reflexión a todos los que estamos implicados en la educación y formación de niños y adolescentes. La escuela debería ser un lugar donde se creara una situación de aprendizaje desde el prisma de la comprensión y aceptación de las diferencias que presenta cada estudiante. Es cierto que todos aceptamos la diferencia, la variedad como algo normal. Inclusive lo vemos bueno y enriquecedor. Las diferencias son agradables no sólo a la vista sino a todos los sentidos y hasta para el entendimiento. Sin embargo, nos sorprende que haya personas que aprendan de manera distinta, que lleguen a otras respuestas o que lleguen a las mismas respuestas por otros caminos.

El niño con dificultades de aprendizaje y entre ellos el niño disléxico es un niño inteligente con muchas capacidades. No vamos a negar que tienen dificultades y que necesitan un tratamiento especial y específico fuera de clases, llevado por profesionales y especialistas del campo. Pero ésto no es suficiente. El marco de la escuela debe acogerlos e integrarlos conociendo sus habilidades y ofreciendo un espacio dentro

COMO RECONOCER A UN NIÑO CON DIFICULTADES DE APRENDIZAJE

CARACTERISTICAS:

1. Posee una inteligencia normal o superior.
2. Obtiene un rendimiento escolar por debajo de sus posibilidades.
3. No alcanza destrezas adecuadas en áreas instrumentales básicas, tales como el lenguaje, la lecto-escritura y el cálculo.
4. Presenta trastornos en procesos madurativos tales como la percepción, la psicomotricidad y la atención.
5. Tiene dificultades lingüísticas, problemas para utilizar la memoria eficazmente y un razonamiento poco ágil.
6. Dificultad en el manejo del tiempo y el espacio y confusión con el orden y secuencia.

OTROS ASPECTOS QUE LO CARACTERIZAN SON:

1. Rechazo al trabajo escolar.
 - Ante el fracaso escolar puede no implicarse en el estudio.

de cada actividad. Intentando además ofrecerle apoyo en aquellos casos en que se presente su dificultad. También en casa es importante que tenga la aceptación y paciencia de los padres y familiares. El tiene su propio ritmo y reacciona de distinta manera ante situaciones cotidianas y sociales.

Para poder ayudarles, antes hay que reconocerles. Resulta penoso que estén pasando a engrosar el número de alumnos con fracaso escolar escondidos tras la etiqueta de *vagos* o *torpes*. Recordemos que son niños que pueden pasar inadvertidos justamente porque su inteligencia es normal.

La pregunta **¿Qué nos pasa?** apunta hacia nuestra propia conciencia. El fracaso de estos niños está cuestionando la eficacia del propio sistema educativo. Lo que se está haciendo todavía no es suficiente. Es cierto que cada vez hay más conciencia acerca de este problema. Pero todavía sigue habiendo poca información y la que existe no llega a todos. En muchos casos tanto padres como profesores se encuentran atados de pies y manos sin tener una medida de solución a su alcance.

Entonces es cuando hay que volver a repetir la pregunta obligada:

¿QUÉ NOS PASA?

2. Rendimiento desigual.
 - Es listo y rápido para algunas cosas y sin embargo en el colegio se encuentra perdido.
 - Lo que sabe hoy no lo recuerda mañana.
3. Atención lábil.
 - Dificultad para centrarse.
 - Se distrae fácilmente.
 - Cansancio debido al esfuerzo.
4. Aparente pasividad ante el trabajo escolar
 - Necesita más tiempo para llegar a una respuesta.
5. Repite los mismos errores que le han sido corregidos segundos antes.
6. La mecánica no conecta con la comprensión de la actividad que realiza.
7. Dificultad para automatizar los aprendizajes. Esto interviene en la velocidad y precisión con que realiza los trabajos.
8. Puede parecer que no tiene interés. Falta de motivación.



1.

LUCAS

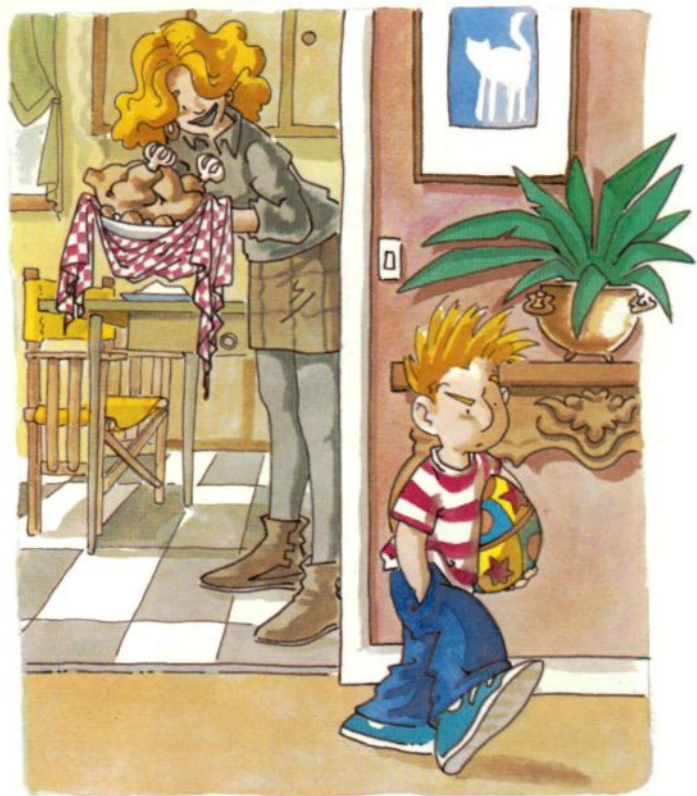
—Mamá, ¿puedes jugar conmigo?

—No cariño, estoy ocupada ahora. ¿Por qué no vas a tu habitación y lees un poco de la cartilla?

Lucas no muy convencido y con carita de desilusión se dirige a su habitación.

“Esto de ser mayor no es tan divertido como yo creía” –va pensando pasillo abajo mientras se dirige a su cuarto–. “Vaya rollo, en lugar de poder hacer más cosas, ahora, cada vez que me sobra tiempo tengo que leer la cartilla”.

Antes podía quedarse despierto hasta que sus párpados cayeran vencidos por el sueño y a nadie le importaba. Ahora, tiene que madrugar para ir al cole y hay que irse a la cama pronto. Antes, jugar con sus coches y muñecos era una manera de no



molestar a los mayores. Ahora, si el juego no tiene letras y números, parece que pierde el tiempo.

Al llegar a la puerta de su habitación, sin atreverse a entrar, la mira detenidamente con algo de tristeza y lagrimillas en los ojos.

Este lugar había sido su refugio secreto, donde junto a su imaginación había ganado batallas, domado a feroces leones, vencido a piratas y gigantes, encontrado tesoros, salvado a la hermosa princesa de las llamas del dragón y hasta había llegado a ser el sabio rey del mundo de los enanos.

Lucas, por un momento duda y no sabe a dónde ir, si directamente a la cartilla que había dejado abierta en un rincón o a sus libros de cuentos. Libros que había coleccio-



nado a lo largo de seis interminables años con gran ilusión esperando el momento mágico de poder descubrir algo más que los dibujos que había en ellos. Libros llenos de brillantes, satinadas y hermosas páginas de las que se escapaban aventuras, magia, bru-



jas, duendes, niños y niñas que Lucas deseaba atrapar. Pero sobre todo lo que más se escondía en estas páginas era el deseo de Lucas de leer... de leer letras. Para Lucas, las letras eran esos pequeños bichos que caminan en fila y que sin saber por qué se van agrupando de dos en dos, de tres en tres y así hasta el infinito. De vez en cuando, por suerte, aparece alguna suelta que podía reconocer sin miedo y con toda seguridad.

Indeciso todavía, se acerca a la pizarra que su padre le había puesto en la pared, justo a su alcance. Claro, esto había sido idea de la señorita Teresa para estimularle. Durante la primera semana pudo garabatear lo que quisiera. Luego pasaron a los dibujos creativos, que por cierto, se le daban muy bien. Pero más tarde vieron que con este entrenamiento no iba a aprender ni a leer, ni a escribir. Así que se dio por terminado el estímulo y ahora su padre la llena de A - E - I - O - U para que copie.

"Bueno, copiar no es tan terrible" –pensaba–. "Lo peor viene cuando te dictan y el desastre es cuando te hacen escribir números. Yo creo que con los números



ni leer, ni nada y siempre me salen al revés. Al menos eso dicen. Pero lo difícil de éstos es saber por dónde empezar. ¡Y mira que estoy atento! Me fijo hasta más no poder, pero cuando la mano del que escribe ha terminado de hacer el número ya no me acuerdo por dónde había empezado. Entonces todos vuelven a decir: «Fíjate, Lucas». ¿Es que no se dan cuenta que me estoy fijando?»

En la memoria de Lucas todavía queda el recuerdo de aquel glorioso día. Su primer día de clase. ¡Qué mayor se sentía! Atrás

quedaban los años de pequeñez. Juegos, plastilina, palotes, colores, saltos, arriba, abajo, derecha, izquierda... aunque esto último todavía no lo tenía muy claro. Pero ¡qué importancia podía tener esto para un chico mayor como Lucas! Seis relucientes



años y una vida intachable. Hombre, esto si no tenemos en cuenta los dos puntos que le dieron en la frente cuando se cayó de la bici y algún que otro diente que no le acababa de salir. Por lo demás llevaba todo el equipo: lápiz, goma, cuadernos, ¡libros! un montón y ¿ganas?... todas las del mundo.

En lo primero que se fijó fue en la señorita Teresa. Ella sí que era guapa, aún más que su propia madre. Ella hablaba, cantaba y sobre todo sonreía. Sabía todo lo que había que saber: leer, escribir, números sin importancia y sobre todo, como por arte de magia, hacía que todos en la clase aprendieran a leer. Menos Lucas, claro, y un par de niños más. Los días fueron pasando y creo que los meses también. Y Lucas comenzó a pensar que aquella señorita no sabía tanto. *“La verdad si la miras con cuidado –pensaba por las noches en su cama, cuando ya todos dormían– no es tan guapa. Cada vez que dice una letra pone caras muy raras. Se le inflan los mofletes, aprieta los labios y luego le explota todo saliéndosele la lengua como un látigo o lengua de víbora. Al final los ojos se le que-*

dan desorbitados. Todo eso para lanzar una letra, sonido o como se llame”.

A pesar de ésto, Lucas hacía lo imposible por complacerla en todo para que volviera a sonreír como el primer día.

“Creo que ella se había empezado a preguntar cosas... igual que yo. ¿Por qué no me entran las letras en la cabeza? y si me entran ¿por qué se me escapan tan pron-



to? Creo que también se había empezado a preocupar y tanto como mis padres. Lo malo era que la sonrisa se había borrado de la cara de todos”.

Lucas intentaba solucionarlo ayudando a sus compañeros de clase en sus trabajos, haciendo lo que podía. Pero se ve que a la señorita Teresa no le gustaba esa clase de colaboración y decía:



—Lucas, trabaja en tu cuaderno, no en el de tu vecino.

Esto hacía pensar a Lucas que querer ser un buen compañero no era algo que le gustara a la seño.

“Me gustaría que todo volviera a empezar y ser como Carlos, el niño que lleva gafas y se sienta en primera fila. Creo que nació sabiendo leer. A mí, esto me parece muy difícil, creo que nunca voy a poder leer como los demás. He pensado decirle a papá que no voy más al cole. Pero... cada vez que me acerco me dice:

—Lucas, campeón, trae la cartilla que vamos a leer un poco.

—Sí, papá —corro entusiasmado, disimulando mi miedo; busco el libro y...

—Verás cómo leo este cuento a mis muñecos.

Intento que no vea la página y a partir de una letra me invento historias. Lo cierto es que a veces cuela y mi padre hasta me aplaude. Pero en el fondo sé que no he leído. Bueno... en realidad no lo tengo yo muy claro, a lo mejor yo leo y no me he dado cuenta”.





*"¡Ser mayor es difícil,
a veces, imposible!"*

*—¡Luucaas, cariño, ¿has
encontrado la cartilla?!*

—Sí, mamáaaa!

*—Anda, lee un poquito que luego voy yo
y leemos juntos.*

Lucas cogió la cartilla y una vez más lo intentó.

*—aaa... aal... la —respiró profundamente
y continuó— moo... am, aam... oo...*

El esfuerzo y el cansancio lo fueron venciendo. Quedando dormido, desparramando su cuerpo en el suelo sobre letras, letras y más letras. Sin embargo una pequeña sonrisa asomaba a sus labios.

¡Ojalá Lucas sueñe con algo más!



2.

NURIA

Nuria ya no se acordaba de cuándo había empezado toda aquella historia. No veía salida por ninguna parte. Estaba atrapada. No había enseñado a sus padres las notas de la tercera evaluación, porque sabía que esto les produciría un gran disgusto y ahora se daba cuenta de que su afán por evitar problemas había sido inútil. Una sola llamada del colegio los había vuelto como locos. Allí delante de ella los tenía dando gritos, preguntándole:

—¿Por qué nos has engañado, Nuria? Nos habías prometido que estudiarías, que serías responsable, que para eso ya eres mayor —decía el padre, intentando controlar su nerviosismo en cada frase.

Su madre, por momentos, quería ser comprensiva y no hacía más que repetir:



—Nos prometiste que lo intentarías, hija.

Sí, es cierto, había prometido todo aquello. Pero no resultaba tan fácil. Cómo explicarles que lo había intentado con todas sus fuerzas. Que había estado horas frente a los libros descifrando lecturas para poder estudiarlas. Cómo decirles que algo le venía pasando desde hacía mucho tiempo y que ella no encontraba la explicación. Que los exámenes se habían convertido en un juego de azar. No entendía cuál era la clave que hacía que aprobara o que sus-

pendiera, que para ella no tenía que ver con el tiempo que dedicara al estudio, ni con la memoria, ni con el entendimiento que tuviera de la asignatura; que estaba perdida, que lo sentía mucho y que tenía muchas ganas de llorar.

Nuria estaba en 5º de EGB y nunca había repetido, aunque la amenaza de repetir era algo que la perseguía cada año.

La profesora decía que era un poco inmadura y que no dedicaba el tiempo suficiente. Quizás necesitara un poco de ayuda en casa. Lo cierto es que su madre le dedicaba todas las tardes. Había venido estudiando con Nuria desde que empezó a ir al cole. Le había tocado volver a hacer la EGB con aquella hija y lo asumía como si fuera parte de su responsabilidad. Por suerte los otros dos iban bien, tanto el mayor como el pequeño. Así que con mucho esfuerzo y trabajo por parte de ambas lograba sacar los cursos por los pelos. Ninguna de las dos sabía lo que era tener una tarde libre y relajada.

Los fines de semana entraba en escena su padre. Después de comer se repetía la misma situación cada sábado y domingo.



Se sentaban uno al lado del otro en la mesa del comedor, en profundo silencio, presintiendo la tormenta que se acercaba. Se podía cortar el aire con el cuchillo menos afilado de la cocina. Resonaban como pisadas lentas, el roce de las hojas del libro de matemáticas. Hojas que caían desmayadas



y temblorosas al contacto con los dedos de su padre, quien las iba pasando una a una. El corazón de Nuria galopaba cada vez más fuerte. Estaba a punto de escapársele por la boca, cuando la voz de su padre irrumpía clara, un poco insegura, con la mejor intención del mundo.

—Vamos a ver las fracciones y los decimales, Nuri. Esto en cuanto lo entiendas no lo olvidarás en toda tu vida. Fíjate en mí, lo

viejo que soy y aún me acuerdo.

¡Horror!, pensaba Nuria, otra vez las fracciones, no se da por vencido.

Su padre parecía que se olvidaba cada fin de semana lo que había pasado el anterior.

—*A ver, aquí está* —decía señalando una página del libro con gran entusiasmo—. *Vas a resolver esta suma de fracciones. Fíjate que tienen denominadores distintos. En estos casos... ¿qué hay que hacer? Bueno... no digas nada. Primero cópiala en el cuaderno.*

Nuria cogió el lápiz y empezó a copiar.

—*Coloca bien los números, porque es muy importante...*

Nuria borraba y volvía a empezar...

—*Fíjate bien que no es un 3 sino un 5.*

Nuria borraba y volvía a empezar...

—*No tenías que borrarlo todo, pero hija, por favor, fíjate que has vuelto a escribir un tres.*

Nuria borraba y volvía a empezar...

A medida que padre e hija se iban adentrando en el trabajo se podían escuchar

desde el salón las siguientes frases a intervalos de tiempo cada vez más cortos.

—*Con cuidado...*

—*Piensa en lo que estás haciendo.*

—*Es imposible que con esa postura puedas trabajar. Haz el favor y siéntate bien.*

—*No uses los dedos para contar que eso es de niño pequeño, ni tu hermano menor lo hace.*

—*No seas cabezota y hazlo como te digo.*

—*Niña pero si pareces ton... estás manchando el cuaderno.*

Cuando se llegaba a esta frase las lágrimas de la niña habían empezado a deslizarse por sus mejillas hasta caer en el cuaderno, emborronando los números, la vista y la voz de su padre que apenas podía escuchar. Este se levantaba violentamente y salía del comedor antes de pegarle una torta. El también salía con un nudo en la garganta y con muchas ganas de llorar.

Se dirigía al salón donde estaba su mujer. Echaba a sus otros dos hijos, que se habían sentado frente a la tele a ver una película. Una vez éstos desaparecían

corriendo ante el enfado de su padre, se dejaba caer en una butaca y decía:

—No puedo con ella, todo lo que hacemos es inútil.

La madre nerviosa se mordía las uñas.

Nuria se había acostumbrado a vivir con el miedo en el estómago y los ojos redondos. Sobrevivía en clase como podía. Iba tirando con su buena conducta y su habili-



dad para contestar oralmente. Sabía cómo darle la vuelta a una pregunta para que pareciera que la había contestado. Esta táctica que le había servido en años anteriores cada vez tenía menos resultados.

Lo increíble era que le gustaba su colegio. Había confiado en que algún día llegaría la solución a sus dificultades como por arte de magia. Pero ese día se iba retrasando demasiado y mientras tanto ella tenía que enfrentarse a la realidad: lecturas que no comprendía a pesar de conocer el significado de las palabras; palabras que nunca aprendería a escribir. La ortografía era algo que escapaba a su mente. No comprendía qué ley interna movía el alfabeto para hacer que las letras se juntaran en un determinado orden. Por qué a veces las palabras iban con h y otras no, por qué con b o con v. Ni por qué era tan importante que no faltaran ni sobraran letras en una palabra.

Recuerda siempre con una leve sonrisa aunque con tristeza las veces que hizo el ridículo delante de todos sus compañeros: trabajando como loca para entregar las

cuatro preguntas del ejercicio de matemáticas, cuando la profesora sólo había pedido la cuarta.

Nunca olvidaría cómo la clase entera explotó en carcajadas el día que leyó su trabajo acerca del "Crecimiento demográfico". Ella había escrito en la pizarra el título "*Creciente demográfico*".



Nuria no entendía donde estaba su error, ni cómo podía evitar cometerlos para que no se rieran de ella.

Aquella evaluación se había esforzado más que nunca. A petición de ella sus padres habían decidido dejarla en paz, ya que con la ayuda que ellos le ofrecían no habían tenido resultados positivos.

—*Ya eres mayor y es bueno que te hagas cargo tú sola de sacar adelante los estudios.*

Nuria pensó que ésto era bueno; que sus padres, a pesar de todo, confiaban en ella, y asumió la responsabilidad con alegría. Lo intentó y no tuvo resultados y por eso se encontraba ahora en esta situación sin saber qué decir.

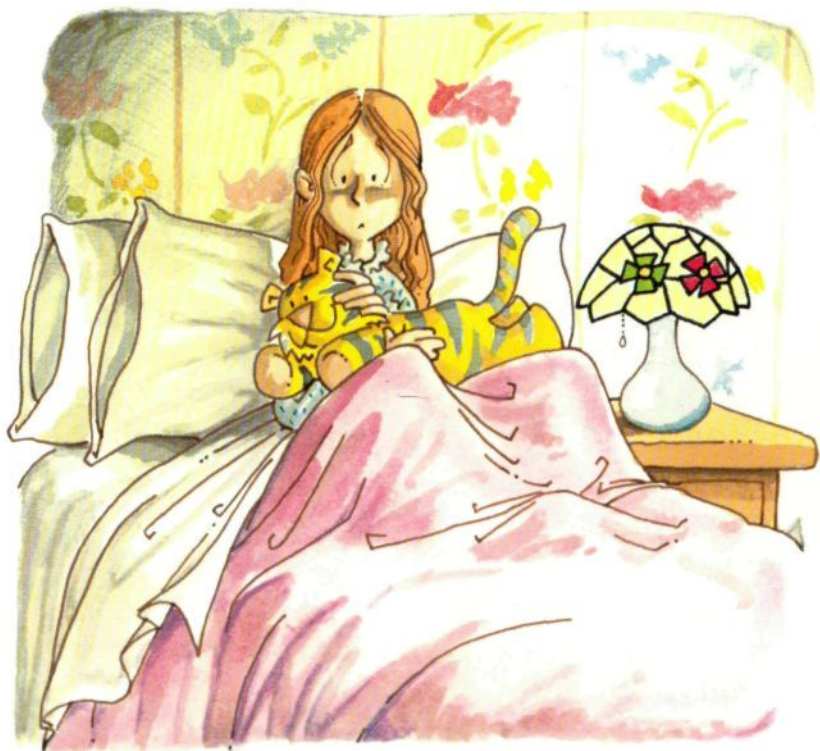
Su madre intentó calmar a su padre. Se acercó a ella y la cogió por los hombros. Con voz temblorosa le dijo:

—*Nuria, ¿por qué has escondido las notas?*

Nuria la miró a los ojos suplicante con un río de lágrimas que la desbordaba y contestó:

—*No sé, mamá.*

Tuvo mucho miedo de confesarle que se sentía avergonzada de sus resultados. Ella había trabajado mucho y no entendía por qué no lo había conseguido. Tuvo miedo de decir:



—*Mamá, soy tonta. Nunca podré con los estudios.*

Los padres la dejaron sola en su habitación, castigada, por supuesto. Se habían acabado para Nuria las clases de danza y dibujo. Le pondrían un profesor particular todos los días ya que ellos no habían conseguido ayudarle.

—*Mañana iremos al colegio para hablar con los profesores* —decía la madre, afligida—. *Tenemos que encontrar la solución. Hay algo en esta niña que no entendemos, que se nos escapa.*

El padre sólo pudo balbucear:

—*La estamos haciendo infeliz entre todos.*

Esa noche en la oscuridad de su habitación Nuria no podía dormir. Se sentía triste. Además la palabra *tonta* retumbaba en su cabeza y no se atrevía a pronunciarla. No quería que se le escapara y se convirtiera en realidad.

Diego



3.

DIEGO

Esta había sido su última oportunidad. Se lo habían advertido a lo largo de todo el curso. Por primera vez en muchos años Diego dejaba que su verdadero sentir se asomara a sus ojos, a sus labios, a su cuerpo. Allí estaba de pie en el despacho del director del colegio, muerto de miedo. El miedo era un sentimiento que había tenido que aprender a ocultar. Un temblor inexplicable recorría su cuerpo mientras su mirada paseaba solitaria por cada rincón de aquel despacho. El despacho del director había sido siempre el lugar más frecuentado por él en la larga lista de colegios a los cuales había asistido.

Diego estaba en 8° de EGB y tenía 16 años. Cumpliría 17 en verano. Era la segun-

da vez que repetía 8° de EGB, o sea, *tripitía*, como cariñosamente decían sus amigos sin burlarse. El hacía alarde de ésto como si fuera una gran hazaña, como si de una prueba de resistencia se tratara.

—*Es que no quiero abandonar al profe de matemáticas* —decía muerto de risa —; *qué haría sin mí.*

La puerta del despacho donde estaba Diego desde hacía un siglo se abrió y con la solemnidad de un culto religioso entró el director y tras él sus padres. Con movimientos ágiles y rápidos el Sr. Fermín se colocó detrás de su mesa y antes de sentarse alzó su ronca voz y se dirigió a los señores García, padres de Diego.

—*Tomen asiento, por favor.*

Diego seguía de pie al lado del sillón del director. Su cara de temor se había transformado en una muy fresca y risueña, como si estuvieran a punto de darle la enhorabuena por algo. Su padre lo miraba indignado, no podía soportar aquella actitud de desfachatez que veía en su hijo. Para su madre todo aquello resultaba incomprensible, no podía borrar de su cara

la constante pregunta de por qué.

El director, mientras tanto, miraba unos papeles que tenía sobre la mesa. Se quitó lentamente las gafas, se secó el sudor de la frente e interrumpió aquel largo silencio.

—*Estamos esperando a que venga la señorita Pascual. Ella es la tutora, como ustedes saben, y es importante que esté presente.*



Los padres de Diego asintieron con la cabeza, sentados ambos en el borde de las sillas con actitud nerviosa. En aquel momento alguien golpeó la puerta con suficiente energía como para sobresaltar a Diego que permanecía de pie, aparentemente ajeno a las sensaciones de nervios, angustia y solemnidad que experimentaban cada uno de los allí presentes.

—*Pase, por favor* —dijo el director—. *Siéntese, señorita Pascual, la estamos esperando para empezar.*

Esta misma escena había tenido lugar ya en ocasiones a lo largo del curso. Lo único que la diferenciaba de las demás era que ésta sería la última.

—*Señores García...* —don Fermín tragó en seco pero prosiguió con voz enérgica— *cuando... cuando aceptamos que Diego continuara en este colegio y que volviera a repetir 8º les advertimos que en caso de*



que el chico no se esforzara para sacar adelante el curso no podría continuar con nosotros. A lo largo del curso hemos permanecido en constante contacto con ustedes y esto que les voy a decir no es nada nuevo. Creo que todos nos hemos esforzado, menos el que tenía que haberlo hecho... —y miró de reojo a Diego. Tras una breve pausa continuó— *Todos los profesores sin excepción se han quejado de su indisciplina y su falta de interés.*

Diego permanecía de pie sonriente ante todos esperando su condecoración mientras apretaba sus manos sudorosas por detrás de su espalda.

¡No puede ser! ¡Aquéllo no era justo! El profesor de gimnasia no tenía una sola queja de él. Era el mejor en todos los deportes. Y si no hubiera sido por él no habrían ganado aquel partido de baloncesto, del cual el director no se cansó de hablar hasta hoy.

—*Señorita Pascual, por favor, dé usted a estos señores el informe que ha redactado.*

Diego sabía que en aquellos papeles iba escrita su sentencia de muerte. Esperaba

que sus padres otra vez obraran un milagro. *¡Claro que quiero estudiar!*, les había dicho muchas veces. Su mayor ilusión era ser ingeniero de caminos como su padre, pero este sueño se le estaba escapando de las manos.

Ya no escuchaba nada. Director, tutora y sus padres se habían enzarzado en una charla que no tenía fin y él allí, de pie, sin entender nada de lo que se decía. De vez en cuando asomaba a sus oídos alguna frase perdida.

—*Es muy inteligente...*

—*Se interesa sólo por las cosas que no le cuestan.*

—*Su mayor problema es que es vago.*

—*Su ortografía es pésima.*

Esto último sí que era cierto. La ortografía siempre le pareció algo fuera de toda lógica. Se sabía las reglas, pero no las usaba... Cómo podían pedirle que organizara sus ideas, las redactara con corrección y encima se pusiera a pensar si era con v o con b... Y todo ésto intentando hacer buena letra. ¡El no podía con tanto!

—*Siempre se está riendo, no se toma*

tiempo. Con frecuencia le decía a mi madre:

—A mí no hay ningún niño que se me resista. Si no ha podido aprender a leer en 1º de EGB, lo hará ahora conmigo. Usted no se preocupe, señora García, tengo un método infalible.



Así me pasé la primera parte del año, sin recreo sentado al lado de sor Beatriz que me

hacía repetir, tras ella, como un papagayo, todo tipo de letras y combinaciones silábicas que yo olvidaba casi inmediatamente.

Poco a poco sor Beatriz se iba desanimando. De vez en cuando cobraba ánimos y entonces me daba un fuerte pero conveniente y piadoso capón (decía ella que para abrirme el entendimiento). Tampoco tenía mucho éxito con este antiguo método.

Un día en un arranque de desesperación me llevó al despacho de la Madre Superiora —no era la primera vez, por cierto— y le enseñó mi cuaderno al borde del llanto.

—Madre, con el debido respeto quiero que mire el cuaderno de este niño.

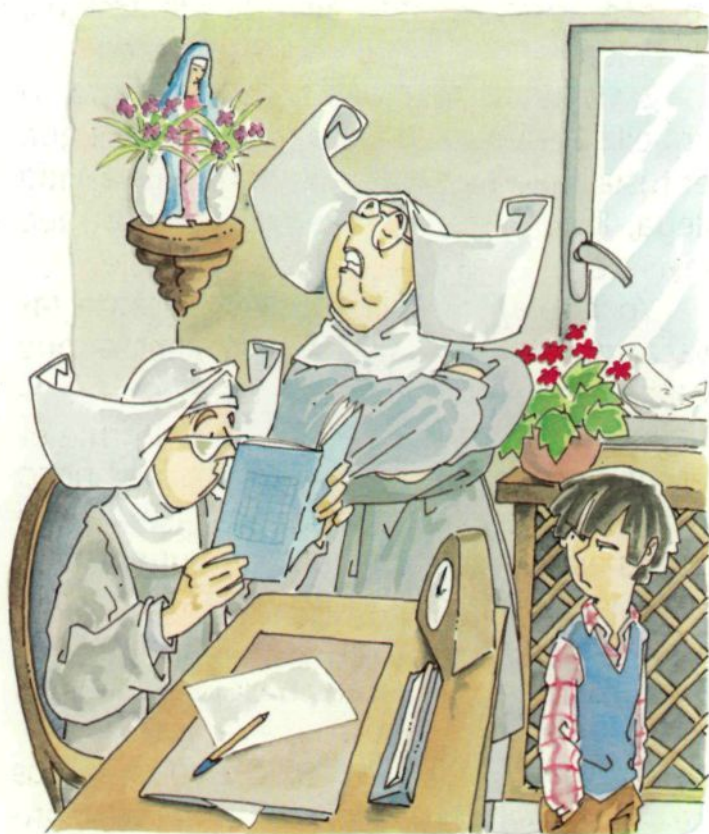
Sor Beatriz señalaba con el dedo muy seria mis diminutos jeroglíficos mientras la Madre Superiora los miraba como si de una aparición se tratara.

—Ve usted lo que le digo... Todo al revés. A este niño no hay quien le enseñe a leer. Me parece que no es alumno que deba estar en este colegio, Reverenda Madre. Mi experiencia me dice que debe ir a otro tipo de colegio... usted me entiende, y si allí no aprende,

los padres tendrán que aceptar que...

"No vale para estudiar".

Después de este incidente sé que mis padres fueron al colegio para hablar con la Reverenda Madre. Al terminar aquel curso,



que aprobé, por supuesto, creo que gracias a la indulgencia de sor Beatriz más que a sus métodos de enseñanza, cambié de colegio. Mis padres me dijeron que iría a uno más nuevo y más bonito. Y sí que estaba bien mi colegio. Yo estaba supercontento. Me gusta cambiar de vida, de amigos, de cole... En fin... Estoy acostumbrado.

Era el único niño nuevo de aquel año en aquella clase, así que era la estrella. Estaba entusiasmado. Pero como todo en la vida llega, llegó el día en que me pidieron que leyera en voz alta. Aquello fue horrible.

Yo había aprendido a leer durante las vacaciones de verano con una maestra que había en el pueblo donde íbamos a veranear. Aquella señora sí que logró abrirme el entendimiento. Creo que un día por poco me abre la cabeza con la regla (se ve que todos estaban de acuerdo con aquel método que parecía que empezaba a dar resultados). Sin embargo, a pesar de todo el trabajo realizado, cuando me puse a leer la clase entera se vino abajo de la risa.

Las primeras veces que mis compañeros se rieron me puse triste y me sentí avergon-

zado, pero según fue pasando el tiempo aprendí a sacar partido de esa situación. Así que empecé a reirme con ellos y de esta manera todos lo pasábamos bien. Excepto la profesora, claro.

De 3° de EGB a 5° se me pasó el tiempo volando entre risa y risa. Por suerte, al llegar a este nivel, casi nunca te piden que leas en voz alta. Y si te toca la china siempre

hay alguna oportunidad de escurrirse como por ejemplo, que te entre un ataque de tos, estornudos o de hipo a elegir, según la época del año y la hora del día. También puedes hacerte el loco buscando el lápiz debajo de la mesa. Lo del dolor de cabeza y la afonía también es muy socorrido y si ese día no estás muy ingenioso para algún chiste, siempre puedes decir que se te ha





olvidado el libro. Cosa que por otro lado puede que sea cierta.

Ninguno de estos trucos me sirvió para que el profesor de 5° de EGB dejara de pensar en que debía repetir. A aquella atrocidad se opuso la familia en pleno, hasta yo; con lo cual se determinó cambiarme otra vez de colegio.

De 6° de EGB a 8° se me pasó el tiempo

más que como un soplo como un ventarrón, con borrasca, profesores particulares, castigos, premios, algún bofetón, gritos, lágrimas y carcajadas por parte del resto del personal. Yo solo intentaba bandearme intentando que nadie notara mi incapacidad para los estudios.

Tengo que admitir que mi lectura después de tantos años ha mejorado poco. De esto me di cuenta hace unos días. Ibamos un grupo de amigos a tomar una pizza a un sitio que solíamos frecuentar. Desde el coche vi un nuevo cartel en el establecimiento y lo leí en voz alta: *"Piezas para lavar"*, y comenté con verdadera pena:

—*¡Qué lástima! han quitado la pizzería y han puesto una lavandería.*

Todos empezaron a reirse divertidos y comentaban:

—*¡Qué ocurrente eres, Diego!*

Yo me uní a la carcajada un poco extraño.

Aparcamos y fuimos directamente a la que yo creía la antigua pizzería. Me sorprendió que allí estuviera todavía. Volví a mirar aquel nuevo cartel y tras varias lectu-



ras comprobé que lo que ponía era: “Pizzas para llevar”.

Ese día supe que me pasaba algo. Algo que yo no quería divulgar, algo que hacía que aquella frase mágica pudiera ser verdad:

“¡No vale para estudiar!”

Siempre me he negado a aceptarla y no voy a darme por vencido.

¡Yo quiero ser ingeniero!

¡Yo quiero ser ingeniero!

Allí todavía estaban en plena discusión mientras Diego mantenía el tipo con un rostro como para ir de feria. De repente escuchó lo que parecían las últimas frases. Hacía un gran esfuerzo por centrarse y atender pero no podía. De verdad que todo lo que se hablaba allí le entraba por un oído y le salía por el otro pero no era porque no le interesara sino porque se le agolpaba en su mente toda su larga historia de fracaso escolar. Para muchos él era un pasota, pero lo cierto es que lo que más deseaba en este mundo era ser ingeniero de caminos.

De repente todos se pusieron de pie y, después de despedirse de sus padres con sendos apretones de manos, el director, dándole una palmada en la espalda, le dijo:

—*Diego, ya puedes irte con tus padres.*

—*Suerte, muchacho* —le dijo la señorita Pascual sonriendo.

Y así fue como nos vimos los tres en la calle mirándonos desconcertados. A mi madre le empezaban a correr lágrimas por las mejillas y mi padre iba muy serio.

El silencio se hacía cada vez más grande a medida que íbamos hacia el coche. Fue

mi padre quien interrumpió aquel espeso silencio. Y al entrar al coche dijo intentando contener su rabia:

—*Dinos, Diego, ¿qué quieres que hagamos contigo?* —El silencio que continuó cayó como un mazo sobre ellos. Al cabo de unos largos minutos y dando un golpe en el volante el padre gritó— *¡Estoy harto! ¡No merecemos que nos hagas ésto! ¿Es que no quieres estudiar?*

Al oír ésto, Diego saltó como un resorte.
—*¡Padre, yo sí que quiero estudiar!*



—Entonces, ¿por qué no lo haces? ¿Por qué no te pones de una buena vez frente a los libros y asumes tu responsabilidad? ¡Que ya eres un hombre! —exclamó el padre.

Sí que lo había intentado pero no sabía como planificarse para hacer las cosas a tiempo. Al final siempre se encontraba desvalido y aturullado frente a una montaña de libros ante los que se sentía pequeño. Y le daba vergüenza... mucha vergüenza.

En clase le llamaban *el abuelo* porque era el mayor. El se reía diciendo que ya tenía mucha experiencia con las asignaturas de 8º y que sólo quería perfeccionarse. Pero... en el fondo le daba una tremenda vergüenza... y lo tapaba todo con su sonrisa.

Al llegar a casa, en el garaje, y antes de bajar del coche, su padre dijo:

—*Esta decidido* —bajó la cabeza como si le costara lo que iba a decir—. *Irás interno a un colegio y no se hable más.*

Bajaron y entraron en casa. Diego les miró y cuando quiso decir algo, su madre, que ya había dejado de llorar, dijo:

—*Vete a tu habitación.*

Diego enfiló el pasillo con paso lento y a

mitad de éste ya iba dando saltos, marcándose algún paso del baile de última moda.

Entró en su habitación, se puso los cascos, y... ¡hala! a soñar mientras palmoteaba al ritmo de la música.



En el interior de su corazón una voz repetía:

¡Quiero ser ingeniero!

¡Quiero ser ingeniero!

CÓMO AYUDAR AL NIÑO CON DIFICULTAD DE APRENDIZAJE

Cada niño es único y su dificultad va a ser distinta. Por ésto no existe un tratamiento estructurado que como tal sirva para reeducar a todos los niños con D.A. por igual. Aquéllos que existen requieren una aplicación individual y personalizada; bastante flexibilidad y creatividad por parte del profesor que la imparte.

El niño con D.A. debe ir a un especialista que realice un estudio psicopedagógico a través del cual determine sus dificultades y proponga una intervención para subsanarlas.

AYUDAS DENTRO DE CLASE

1. Asegurarnos que ha comprendido la instrucción que se ha dado pidiéndole que participe activamente en la explicación. Estos niños muchas veces no se atreven a hacer preguntas porque no saben siquiera si han comprendido bien.
2. Utilizar más de una modalidad en la explicación de temas nuevos.
3. Hacer uso de analogías que conecten con su conocimiento previo, en cualquier actividad.
4. Ofrecer abundante ejercitación y ejemplos. Ellos necesitan de la práctica y repetición.
5. Darles una guía o esquema escrito a máquina donde ellos puedan tomar sus apuntes completándola. Esto les ayuda a organizarse.
6. No tomar en cuenta los errores de ortografía cuando se está evaluando otra destreza.
7. Darles tiempo para que puedan responder a la pregunta que se les hace oralmente. Ellos no obtienen una respuesta inmediata y menos si se ven conminados por un grupo que levanta la mano para responder.
8. Dejarles más tiempo para realizar sus exámenes escritos o la posibilidad de hacerlos oralmente.
9. Valorar sus esfuerzos más que su rendimiento.
10. Darles la oportunidad de sobresalir en aquello que saben hacer bien.

EL TRATAMIENTO DEBE ESTAR CONCEBIDO SOBRE LAS SIGUIENTES BASES:

1. El niño debe ser consciente de sus dificultades y de sus posibilidades de recuperación.
2. Conocer sus habilidades y potenciarlas para que aprenda a utilizarlas como apoyo.
3. Señalarle sus puntos flacos para que pueda compensarlos debidamente.
4. Trabajar a nivel de éxito para que recupere la confianza en sí mismo. El niño con D.A. no aprende de errores; por eso debemos evitar que los cometa ofreciéndole apoyo.
5. Utilizar materiales atractivos y ejercicios variados que sean pertinentes a su dificultad.
6. Ofrecer abundante ejercitación en las áreas que deba corregir.
7. Proveerles de herramientas contundentes y de estrategias que le ayuden a enfrentarse a su dificultad y de esta manera obtener resultados en su rendimiento escolar.
8. Ser cuidadoso en la elección del método de lectura que vayamos a utilizar. Este debe ser fonético de marcha global, multisensorial y que provea la oportunidad de ejercitar la comprensión.

COMO PUEDEN AYUDAR LOS PADRES:

1. Aceptando y comprendiendo las dificultades de este niño. Con paciencia y con amor.
2. Poniendo más énfasis en sus éxitos que en sus fracasos. Un niño es mucho más que un rendimiento escolar.
3. Buscando la ayuda de un especialista cuando la dificultad surja.
4. Manteniendo siempre el rol de padres. Con ésto quiero decir que a veces los padres no somos los más indicados para ayudar a nuestros hijos. Sobre todo, si tienen problemas de aprendizaje, porque pueden minar la relación.
5. Ayudándolos a crecer ofreciéndoles la autonomía suficiente en el momento adecuado. No porque tengan D.A. necesitan ser sobreprotegidos.
6. El leerles historias o cuentos que les interesan es una buena manera de enseñarles que la lectura puede ser un placer.
7. Ser modelos y no jueces de su lenguaje oral y de otras dificultades que pueden tener.



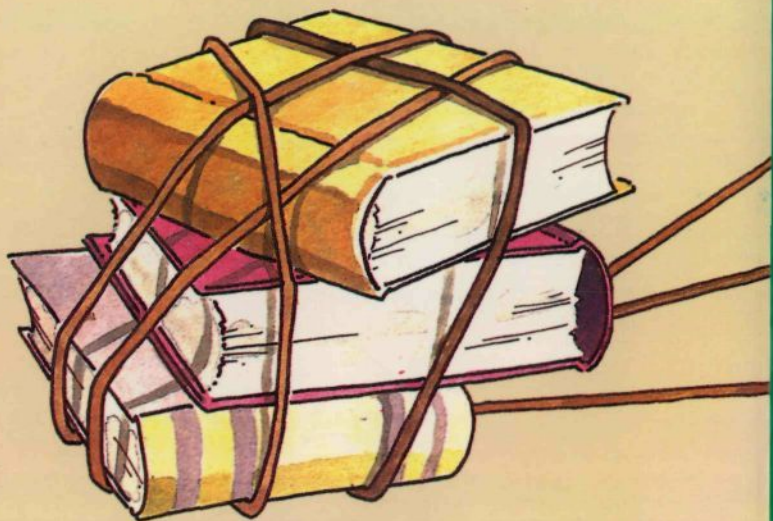
ASOCIACIÓN DE PADRES DE NIÑOS CON
DISLEXIA Y OTRAS DIFICULTADES DE APRENDIZAJE

Plaza San Amaro, 7. 28020 Madrid. © 570 97 18



ESTE LIBRO PRETENDE SER UNA MANO EXTENDIDA A TODOS LOS QUE ESTÉN PASANDO POR LA EXPERIENCIA DE FORMAR PARTE DEL ENTORNO DEL NIÑO CON DIFICULTADES DE APRENDIZAJE (D.A.).

ESTÁ DIRIGIDO TANTO A PADRES COMO A PROFESORES Y A TODOS AQUELLOS PROFESIONALES QUE DE ALGUNA MANERA SOMOS RESPONSABLES DE OFRECERLES UNA SOLUCIÓN PARA SU INTEGRACIÓN ESCOLAR.



Fundación ONCE
para la cooperación e integración social
de personas con minusvalías